

SARMIENTO
Y
EL BINOMIO BUENOS AIRES/CORDOBA

POR

ANA MARIA BARRENECHEA

Universidad de Buenos Aires

En un artículo anterior he desarrollado las transformaciones que el binomio *Buenos Aires/Córdoba* despliega a través del *Facundo*¹.

Entonces intenté explicar el sistema que configuraba junto con otras parejas de oposiciones y el juego de sus constantes y de sus variables según las funciones que debían cumplir en cada etapa de la obra.

Me interesa ahora seguir la suerte de los componentes del binomio *Buenos Aires/Córdoba* en escritos posteriores al *Facundo* para analizar su función en contextos históricos y literarios distintos. Quizás uno de los más significativos es el que corresponde a la presidencia de Sarmiento cuando inaugura en 1870 la Exposición Nacional de Córdoba². De sus motivos y planes para realizarla en Córdoba y no en Buenos Aires, de los afanes civilizadores y los proyectos conjuntos que llevó a cabo (observatorio astronómico, ferrocarril a La Calera, presupuesto para escuelas) habló varias veces y en distintas épocas.

¿Por qué eligió a Córdoba como sede de la Exposición y no a Buenos Aires? Su nieto Belin reproduce la larga conversación con un amigo en la que explica sus designios³. Se ha decidido por Córdoba para mostrar

¹ «En torno al *Facundo* de Sarmiento: Buenos Aires vs. Córdoba», en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente* (Madrid, en prensa).

² La Exposición fue convocada por el Ejecutivo por decreto del 9 de diciembre de 1868, sancionada por ley del 28 de julio de 1869 e inaugurada en octubre de 1870.

³ Véase A. Belin, *Sarmiento anecdótico (Ensayo biográfico)*, edición definitiva, corregida y aumentada (Saint-Cloud [S.-et-O.]: Imprenta Belin, 1929), pp. 200-208 (en adelante: Belin). Belin no aclara cuál es el interlocutor de Sarmiento ni cómo transcribió el diálogo. En el prólogo «Al lector», XIII-XVII, explica en general cómo escribió su libro ateniéndose a las anécdotas auténticas (ya por haber sido testigo él mismo, ya por parecerle coincidir con el temperamento de su abuelo). Algunos comentaristas han supuesto que eligió a Córdoba como sede de la Exposición para pro-

al interior —donde priva la pobreza— las posibilidades del desarrollo, y a los que gobiernan desde Buenos Aires, lo que es la realidad del país, cuyo interior desconocen. Ante el argumento de que se avergonzarán de mostrar tanto atraso al extranjero, afirma que también para ellos es válida su elección. Cuando se le hace la objeción de que Córdoba es refractaria al progreso, insiste en la necesidad de llevar al interior colonial y clerical la revolución del desarrollo industrial.

Citaré sólo un fragmento del diálogo transcrito por Belin:

N.—Pero aquí (Buenos Aires) el extranjero vería una ciudad culta y se formaría mejor idea de nosotros.

Pte.—Para el extranjero precisamente. Empieza usted con que verá el gran río hasta el Rosario, espectáculo más codiciado por el europeo que todas las baratijas de una exposición. Después el Rosario, única ciudad floreciente que se haya levantado después de la Independencia. En seguida, la Pampa, por leguas, silenciosa, inhabitada, inculta, y la contemplará con respeto al saber que hemos decretado suprimirla, y por fin, Córdoba misma. ¿Qué cree usted que Córdoba es cosa así nomás? Es la verdadera joya de la República. Una ciudad colonial, con el espíritu de entonces, su Universidad, sus conventos, su herencia inquisitorial. En vano recorrería el viajero la Europa y la América en busca de un pedazo de mundo antiguo, inocente de toda reforma, de toda innovación (Belin, p. 201).

El texto de Belin sugiere la imagen de un Sarmiento que miraba no sólo Córdoba, sino la totalidad del país y aun de Hispanoamérica y Europa en función de los factores dominantes de progreso y atraso que determinaban su acción política. Resulta interesante llamar la atención sobre el hecho de que para defender la decisión adoptada por él aparenta colocarse en el punto de vista del extranjero, punto que, sin embargo, no es otra cosa que el suyo propio. Para ello no se sitúa únicamente en la ciudad sede de la exposición, sino que desenvuelve, con visión dinámica frecuente en su escritura, el camino que recorrerá en su viaje el extranjero —el mismo que el presidente Sarmiento ha planeado recorrer con su comitiva—, desde el puerto de llegada hasta la ciudad mediterránea.

mover la candidatura de Andrés Avellaneda como presidente, pues con ese fin se reunió allí un grupo de gobernadores de provincia (J. Guillermo Guerra, *Sarmiento, su vida y sus obras*, 2.^a ed. [Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1938], p. 238, suscribe la idea). Quizá haya que buscar los motivos en la posición de Sarmiento presidente (jaqueado por los mitristas, típico grupo porteño, y favorable a una política que diera más peso al interior sin reducirse al interés de la provincia portuaria). Por otra parte, no es seguro que Sarmiento fuera tan declarado partidario de Avellaneda y volcara su peso en la elección.

El Río (Paraná), vía de comunicación para el comercio; Rosario, la ciudad nueva y progresista en el área preponderante de la colonización agraria iniciada; la Pampa, la llanura inculta o entregada a la barbarie ganadera que fue, es y será siempre su obsesión, hasta llegar a Córdoba, colonial e hispánica. El humor con sorna, característico de Sarmiento, actúa bajo la línea discursiva superficial que se manifiesta ponderativa: «Es la verdadera joya de la República.» El fluir inicial positivo se revierte sorpresivamente en la vida que ha quedado petrificada en el estadio impermeable a todo cambio de la Colonia. Sombras (Pampa, Córdoba) y luces (Río, Rosario) se reparten la descripción dual, que si presenta la oposición *civilización/barbarie*, sólo la muestra para unificarla inmediatamente en el polo del progreso, porque es campo para ejercer su voluntarismo y resolverla en un porvenir de riqueza: la pampa por la colonización, la ciudad arcaica por el desarrollo industrial, serán transformadas.

En realidad, con ese voluntarismo que lo lleva a adelantar el futuro utópico, lo que está haciendo es actualizar el futuro inmediato, es decir, describir ya lo que verá poco tiempo después el presidente en el viaje a Córdoba para inaugurar la Exposición. Esa será su ruta hasta Córdoba, y en Rosario, contestando un brindis de bienvenida, desplegará su utopía, que creía tocar ya con las manos:

Hemos decretado la abolición de la Pampa. Estamos en el punto de partida de la revolución que nos hará norteamericanos y destronará al estanciero que hace nacer al gaucho y a la montonera. Va a constituirse una nueva sociedad, una nueva nación, dejando a los muertos, allá, que entierren a sus muertos. La Pampa es una inmensa hoja de papel en que va a inscribirse todo un poema de prosperidad y cultura.

Tenemos tierra para dar hogar a los que nada poseen, mejoraremos las condiciones sociales de la gran mayoría y entraremos en la realidad de la República por la educación y el bienestar, a fin de que los hereditariamente desvalidos empiecen a mirar el gobierno y la patria como suyos (Belin, p. 203).

La repartición de la tierra a los labradores era el plan que se había propuesto al iniciar su presidencia y que exaltó al llegar de los Estados Unidos en su discurso de Chivilcoy antes de asumir el mando, donde prometía fundar «cien Chivilcoy». Allí lo había logrado dos años antes (1857) en pequeña escala y aun cuando vio reducidos sus colosales planes, siempre quedó esta población agraria, enclavada en la llanura ganadera, como ejemplo y timbre de gloria ⁴.

⁴ Sarmiento defendió en *El Nacional* el proyecto de ocupación de las tierras públicas y obtuvo así la sanción de una ley que autorizó la venta de cien leguas el 6 de

Años más tarde, cuando Sarmiento ha visto surgir la figura ascendente del general Roca, que domina la política argentina, y él ha elegido colocarse en la oposición, resume sus esfuerzos fallidos por «civilizar» a Córdoba. Es la época de los artículos reunidos en el vol. XLVIII de sus obras, titulado *La escuela ultra-pampeana*, donde varios trabajos se refieren a Córdoba y su clericalismo.

Comentaré ahora «Setenta años después. La Pompeya americana, por el autor de *Civilización y barbarie*» (XLVIII, pp. 238-244). El título y la firma ya revelan la tesitura en la que ha vuelto a colocarse, que es la misma del capítulo VII del *Facundo*.

Lo más interesante de este artículo es su doble sistema de enunciación. El primero lo constituye un texto de Renan sobre su pueblo natal de Treguier, citado *in extenso*. El segundo le yuxtapone un texto con tres niveles («paliers») incluidos uno en el otro como cajas chinas, en los que se va delegando la voz de uno a otro narrador. Antes de comentarlo veamos el modo de transición entre el texto de Renan y el de Sarmiento, en el que se destaca el pasaje de uno a otro a fin de que no quede inadvertido para el lector, al tiempo que se refuerza el vínculo narrador-narratorio (yo-tú) con un nosotros incluyente que busca captar la complicidad. Sarmiento viene citando a Renan: «La ciudad vino a ser en pocos años lo que había sido tres siglos antes, una *ciudad enteramente eclesiástica*, extraña al comercio, a la *industria*, un vasto *monasterio*, a donde no penetraba ruido alguno del exterior (...)» (Renan, *Souvenirs*

agosto de 1857, y el 16 de octubre del mismo año la «enajenación de las tierras públicas del partido de Chivilcoy» en la legislatura de Buenos Aires (cfr. J. Guillermo Guerra, p. 162). Su verdadero programa incluía la posesión de la tierra, la vivienda y la escuela: «... que no se han engañado al elegirme presidente, y les prometo hacer *cien Chivilcoy* en los seis años de mi gobierno y con tierras para cada padre de familia, con escuelas para sus hijos» («Discurso pronunciado en Chivilcoy en una fiesta dedicada al presidente electo el 3 de octubre de 1868», XXI, pp. 258-267, esp. 266). Véase también pp. 60-76 del mismo volumen, y en el vol. XXII, «Rosario de Santa Fe. Discurso pronunciado en la inauguración del Hospital de la Caridad, 25 de noviembre de 1883», donde vuelve sobre sus afanes colonizadores, pp. 201-209. Allí recuerda haber dicho «haré cien Chivilcoys (*sic*)», y continúa: «... la provincia de Santa Fe me ha hecho setenta (colonias) y las otras treinta están por todos los otros territorios» (p. 203). Salvo el *Facundo* (véase nota 6), los textos de Sarmiento están citados por *Obras de D. F. Sarmiento*, publicadas bajo los auspicios del gobierno argentino, tomos I-LIII, 1885-1903, con variado lugar y pie de imprenta, iniciadas en Santiago de Chile, Imprenta Gutenberg, al cuidado de Luis Montt y continuadas por su nieto Belin. Se indica el tomo en número romano, la página en arábigo y se moderniza la ortografía. Para inmigración, consúltense Ezequiel Gallo, *La pampa gringa. La colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)* (Buenos Aires: Sudamericana, 1983), y Natalio R. Botana, *La tradición republicana* (Buenos Aires: Sudamericana, 1984).

d'enfance et de jeunesse)». (El subrayado es de Sarmiento.) Después de precisar la fuente bibliográfica, dice con un punto y aparte:

No se ocultará al lector que nos acercamos a la descripción de Córdoba, dada hace cuarenta años, por un joven escritor en Chile, siguiendo en ella sus reminiscencias de la niñez, en que se quedaba asombrado ante tanta grandeza monacal, tantas torres, tantas iglesias, tantos monjes y sacerdotes, que vio reunidos el 25 de mayo de 1820 en la catedral, oyendo al célebre predicador fray Cayetano Rodríguez, fulminar desde la cátedra al tirano Bustos que ocupaba el solio de los virreyes. Los niños y los locos dicen las verdades. Oigamos al loco o al niño contar en 1843 (*sic*) sus impresiones de la Córdoba de 1820 (XLVIII, pp. 240-241) ⁵.

De ahora en adelante, un autor-narrador-personaje se desdobra y se muestra en diferentes tiempos y circunstancias de su vida, pero en el mismo espacio de la ciudad mediterránea. Es el adolescente sanjuanino que descubre por primera vez la Córdoba conventual (1820 o 1821?), suscitadamente rememorado por el publicista porteño de 1883, para pasarle en seguida la voz —re-copiada— al escritor formado en el exilio chileno en momentos dramáticos, tomándola prestada del famoso fragmento del *Facundo* que he comentado en otra ocasión (cfr. nota 1). Luego será la del presidente de la República, empeñado en 1870 en transformar el país con la Exposición Industrial que inaugura en Córdoba y las pintorescas anécdotas que suscita, pero tal como las rememora en 1883 el ex presidente, desplazado del poder político. Y luego será la del mismo ex presidente, que juzga con lucidez, desde el llano, los magros alcances de su reforma en Córdoba, para seguir luchando y atacando con un tiro por elevación al roquismo y a Miguel Juárez Celman, que ya se perfila como futuro candidato a la presidencia, y también al grupo clerical, enfrentado con los partidarios de la enseñanza laica, entre los que Sarmiento se encontraba.

Ambas voces, la de Renan y la de Sarmiento, que es ya en sí la de varios Sarmientos, entretejen un diálogo textual fascinante. Digo *fascinante* en el doble sentido descriptivo y evaluativo. No sólo es literariamente valioso, también es conscientemente activo. Bajo su aparente multiplicidad de personas, de circunstancias, de lugares, de épocas, de tonos, remite uno al otro la misma imagen en espejos enfrentados para *hipnotizar* al lector. Este hipnotismo es de un tipo particular, porque aunque pre-

⁵ Sarmiento suele cometer errores al correr de la pluma. El *Facundo* fue escrito y publicado en 1845, y en cuanto a su primer viaje a Córdoba, siendo niño, no es seguro si se llevó a cabo en 1820 o en 1821.

siona con la emoción y la imaginación, también apela al razonamiento (es verdad que a un raciocinio controlado constantemente para que siga el camino que el emisor del mensaje le marca). No se trata de dominar por cualquier medio; se trata de dominar por el convencimiento, sin duda porque se tiene fe en el camino elegido y, aun contando con las limitaciones humanas, se tiene fe en los hombres, siempre que se los prepare para ejercer su capacidad de juicio por la educación. Es *fascinante* para su lector de aquella época, que queda atrapado; es *fascinante* para el lector actual —por lo menos para la autora de estas notas—, que se distancia críticamente y evalúa no sin cierta maravilla el espectáculo de la estrategia del discurso que Sarmiento viene desplegando.

Cuando concluye de copiar el fragmento dedicado a Córdoba en el *Facundo* («... diez cruces seguidas de cúpulas y torres de los muchos templos que decoran esta Pompeya de la España de la Edad Media») ⁶, continúa preguntando por el efecto producido por la yuxtaposición de la cita de Renan —escritor de prestigio universal entonces— y la suya propia, emparejadas estratégicamente.

¿Cuál os parece, curioso lector, la más exacta y gráfica de las dos descripciones de Córdoba que preceden?

Nosotros nos quedamos por la primera. Es más profunda su filosofía. Una sola diferencia notable hay, sin embargo, entre ambas, y es que la primera es hecha por Ernesto Renan, de su patria Treguier, ciudad hoy oscura de la Bretaña, y *nido de conventos antes*, y la otra es genuina de Córdoba, hecha y tallada a buril parece ahora cuarenta años (...). Ni Renan plagió a Sarmiento aunque escribió cuarenta años después, ni Sarmiento a Renan (...). Mucho ha de dar que pensar el cotejo de estas dos descripciones de ciudades conventuales, y del efecto que sus muros, sus claustros, sus torres, sus campanas producen sobre las generaciones que se suceden. Ahí está Córdoba. No hay diferencia en lo material, sino que ahora tiene *diario* para darnos *diariamente* la vida del Santo del día, el monjío que se celebra, la devota novena que se está corriendo y las indulgencias que se ganan con tal oración práctica o imagen (el subrayado es de Sarmiento; XLVIII, pp. 243-244).

⁶ En realidad, en el cap. VII del *Facundo* Sarmiento había escrito con inversión audaz: «de la *media edad*», subrayado por el autor (cito por la edición crítica y documentada, prólogo de Alberto Palcos [La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 1938], p. 126). En el artículo que estoy comentando, sin embargo, reintroduce el juego sorpresivo al final: «... sigue labrando las entrañas de aquella Iglesia de la media edad» (XLVIII, p. 255).

Han pasado de 1843 a 1883 cuarenta años. Sarmiento ha recibido las rectificaciones de Alsina a su *Facundo* sobre el número de cúpulas, iglesias y cruces, sobre la Universidad y la participación de Córdoba en las campañas de la Independencia y en la vida republicana. Ha reconocido en dedicatoria y notas de la segunda edición su picardía en la exageración de los rasgos arcaizantes con fines estratégicos, aunque negándose a corregirlos para no destruir el efecto literario del texto⁷. Sin embargo, en esta ocasión vuelve a decir las mismas cosas y a abultar aún más los tintes negativos de su atraso y clericalismo.

¿Cuál es la coyuntura que así lo exacerba? El afianzamiento del roquismo con la candidatura naciente de Juárez Celman para la futura presidencia y las luchas enconadas entre los partidarios de la enseñanza religiosa y la enseñanza laica, que se reflejan en todo el volumen de *La escuela ultra-pampeana*⁸.

Los textos allí acumulados varían de tono. Como anticlímax a su grandioso proyecto regenerador, recoge las anécdotas frustrantes y cómicas de su visita a Córdoba cuando era presidente, en la época de la Exposición Industrial. («Petición de gracias»: una pequeña suma para que una joven que estudió de maestra entre de sirvienta en un convento de monjas; otra, de una cofradía de la orden tercera del Rosario, para sustituir su virgen pequeñita por una más grande, que supere a la virgen de tamaño mayor de la orden segunda; choques callejeros de católicos nativos con un extranjero protestante, etc.)⁹. En el otro polo, aunque el desaliento por los magros resultados obtenidos lo deprima, no puede dejar de recordar con nostalgia que lo rodea de un aura prestigiosa, sus momentos de ensueño regenerador por medio de la industria y la cultura:

⁷ Véanse en la edición de Palcos, citada en nota 5, «Notas de Valentín Alsina al libro *Civilización y barbarie*», pp. 364-426; la dedicatoria «A Valentín Alsina» de la segunda edición, pp. 23-27, y las escasas correcciones que aceptó en la descripción de «Córdoba», pp. 122-128.

⁸ Con motivo de su renuncia de ministro del Interior del presidente Nicolás Avellaneda ante la legislatura el 6 de octubre de 1879, Sarmiento leyó el telegrama del gobernador de Córdoba, Antonio del Viso, a Miguel Juárez Celman sobre la necesidad de anular a Sarmiento por contrario al roquismo. En septiembre de 1883 se alejó de la redacción de *El Nacional* porque su editor no aprobaba sus alusiones contra Juárez Celman, que ya se perfilaba como posible sucesor de Roca en la presidencia (Guerra, pp. 267-268 y 277-278).

⁹ Véanse para todos estos incidentes los artículos de *El Nacional* del año 1883: «Córdoba intelectual», pp. 205-208, del 28 de febrero; «Córdoba con clérigos, tres siglos de ignorancia; por Sarmiento, diez años de mejoras, 1873-1883», pp. 219-221, del 6 de marzo; «Sesenta años después. La Pompeya americana por el autor de *Civilización y barbarie*», pp. 238-273 (artículo sin fecha que vengo comentando en parte); «Importación de jesuitas», pp. 273-276, del 17 de abril.

Fue en cambio a visitar las culturas de riego introducidas sobre la sierra por un ingeniero Argüelles, inauguró aunque en vano un ferrocarril a La Calera para la exportación de una materia prima; y subió Los Altos a dar la bienvenida al astrónomo Gould, que ya enriquecía la ciencia con su *Uranometría* (...). ¡Qué bellas cosas se dijeron tomados de las manos aquellos dos obreros, que se habían conocido, sin tener trabajo para sus inteligencias antes, y se encontraban ahora en aptitud de hacer un poco de bien a la República! (XLVIII, p. 253).

(Nuevo recurso de poner en un mismo plano al científico de renombre internacional que ha sido premiado en Londres por su obra y al presidente de una «mera» República sudamericana.)

Pero no se engaña y denuncia que las clases altas que gobiernan la provincia no gastarán en educación primaria para los más pobres (p. 247) y que la ridícula pugna de sacristía entre imágenes chicas o grandes ocultaba, como luego averiguó, una diferencia étnica y social:

Tuvieron vergüenza sin duda de decirle al Presidente que la cuestión de las vírgenes disimulaba la de razas, la de nobles y de plebeyos, la de los blancos y los negros o mulatos. (...) Al fin el color desaparece; la mulata cordobesa se eclipsa; y la igualdad se establece en las costumbres civiles. (...) En 1882 (*sic*), los artesanos de Córdoba, los antiguos cívicos que han derramado su sangre con el general Paz por la libertad del dominio de los poderes que la superstición, la ignorancia crearon con la federación, impidiendo constituir la República, invocan en vano la protección del Presidente Sarmiento, para que les asegure en su dignidad de hombres y de ciudadanos, y en 1883 (*sic*)¹⁰ todavía se lamentan con el señor Lamas de la monstruosidad impía de aquellas comunidades de frailes de mantener una Virgen mulata y una Virgen noble, y llamar hasta hoy la Cofradía de Negros, a los artesanos y gente del pueblo, anonadados, envilecidos por el culto mismo del que dicen que vino a traer la igualdad de los hombres en la tierra. (...) Todavía es verdadero Cofrade de la tercera orden del Rosario, verdadero católico de la Edad Media, el antiguo cordobés, para quien, encerrado entre sus barrancas, oyendo desde la cuna repicar las campanas de veinte iglesias y conventos, nada ha pasado en el mundo, sino que le choca que su Virgen sea más chica que la de los nobles, y la llame él mismo, porque ésa es la tradición, la Virgen Mulata, aunque los mulatos han desaparecido como raza. Si la Virgen fuese del mismo tamaño que la otra, pase. ¡Si un día estuvieran en el candelero ellos, mandarían hacerla más grande que la otra! ¡Qué gloria! ¡Qué venganza! Y nosotros diríamos, siempre Cór-

¹⁰ He aquí otras de las fallas de memoria del autor: los artesanos de Córdoba fueron a verle en 1870 (año de la Exposición) y no en 1882, y se lamentaron en carta a Lamas el 30 de septiembre de 1882, no en 1883 (publicada en XLVIII, pp. 255-256).

doba, el fósil del viejo cristianismo que se ha quedado como cosa olvidada en el centro del terreno pampeano, como el antiguo francés en el Bajo Canadá, y todavía no recibe de afuera impresiones nuevas, no obstante ferrocarriles, exposiciones, telégrafos, ¡que van a hundirse o a apagar sus voces y clamores en aquella fosa! (XLVIII, pp. 254, 256-257).

Se ha hablado mucho de las inconsecuencias y contradicciones de Sarmiento durante su vida. Acabo de comentar, por mi parte, en otro artículo, los cambios que se producen dentro de un mismo libro (en el *Facundo*, entre los capítulos VII y IX). Sin embargo, al cotejar los distintos textos desde 1845 hasta 1883 (y aún podría alargarme hasta 1886), lo que llama la atención es más bien la persistencia de ciertos puntos centrales, por ejemplo, la reaparición de una imagen de Córdoba tan consistente. Sarmiento vota siempre por el progreso, por el desarrollo industrial y comercial. Esto está ligado al favorecimiento de la inmigración laboriosa, a una política agraria contraria a la ganadería que le parece barbarizadora y a una educación que debe alcanzar a las clases más desposeídas. Todo ello ocurre sin duda de acuerdo con la creencia de la época en que bastaba educar y fomentar el desarrollo agrario e iniciar el industrial para que la gente fuese elevándose por el trabajo y el esfuerzo personal a la posesión de bienes y a la felicidad.

Que su fe en el progreso y en la educación lo engañara, que fueran escasos los resultados obtenidos en la distribución de tierras fiscales a los chacareros que las estaban cultivando para que pudieran comprarlas a precios módicos, frente al dominio de la tierra por la élite ganadera, a la especulación y al reparto que organizó el roquismo después de la conquista del desierto, es otra cosa.

Noël Salomon y Noé Jitrik han leído el *Facundo* como la secreta defensa del interior contra Buenos Aires, que debe descifrarse en palimpsesto¹¹. No estoy tan segura de ello. Siempre hay en Sarmiento un interior bueno y uno malo, como hay un Buenos Aires bueno y uno malo. Hay las provincias y las ciudades del interior que son buenas cuando apoyan el progreso siguiendo los planes de desarrollo agrario e industrial de la burguesía liberal. Son las que Sarmiento identifica con el San Juan de Del Carril, o con Tucumán o Mendoza cuando introducen el cultivo del azúcar, la morera, el añil, la vid, etc., y la Córdoba de Paz apoyada por artesanos y cívicos. Hay el interior, que es malo cuando lo dominan los caudillos que engañan a las masas y a las élites federales que quieren

¹¹ Véanse Noé Jitrik, *Muerte y resurrección de Facundo* (Buenos Aires: CEAL, 1968), y Noël Salomon, *Realidad, ideología y literatura en el «Facundo» de D. F. Sarmiento* (Amsterdam: Rodopi, 1984).

utilizarlos para afianzarse en el poder o cuando se estanca en el atraso colonial heredado.

Hay también el Buenos Aires, que es bueno según abrace esos ideales de progreso y los difunda y fomente en las provincias, como el Buenos Aires de Rivadavia, que propone nacionalizar las rentas del puerto. Pero hay también el Buenos Aires, que es malo cuando se entrega a Rosas y a las élites ganaderas, cuando sólo se ocupa de su provecho y monopoliza las rentas del comercio exterior y niega a las provincias los beneficios de que ella disfruta, y bastante más tarde, cuando se resiste a las innovaciones del presidente Sarmiento y las califica de utopías o locuras. Pero para Sarmiento, que cree en las posibilidades de desarrollo a la europea —y más aún a la norteamericana—, que tiene fe en las burguesías urbanas liberales, Buenos Aires es el puerto que abre el camino al intercambio de mercaderías e ideas, el centro de mayor densidad cultural en el país y de mayor poder para producir lo que él llama «revolución» y cambiar la mentalidad tradicional. Que no siempre cumpliera su papel o que lo tergiversara es otra cosa.

No hablaré ahora de los logros y fracasos de sus proyectos, pues éste no es un estudio histórico. Sólo quiero insinuar algunas líneas que deberán seguirse para comprender el fenómeno Sarmiento y la persistencia de su vigencia como piedra de escándalo o imán de adhesiones; nunca como texto indiferente, siempre como texto que sigue vigente para el lector argentino y debiera seguir vivo para el americano o el español, y aun para el de otros países, por las cosas que dice y cómo las dice.

Una de las razones es su prosa, en la que por primera vez hablamos con nuestra voz auténtica, como lo destacó Juan María Gutiérrez al reseñar el *Facundo* («... está escrito como hablan en América», *F*, p. 324) con el más amplio registro inclusivo de todas las voces de su pueblo. Un discurso con un abanico de posibilidades cuya riqueza no se agota: humor, indignación, retórica de la mejor especie, estrategia para argumentar y convencer, para emplear el seco lenguaje de las cifras, para narrar vívidamente, para sintetizar en una frase una idea o un mundo de alusiones culturales, a veces intimismo contenido en la escritura pública y apasionado en la privada, en la correspondencia.

Otra razón es que ese discurso crea hombres que son símbolos y parecen tener carne y hueso, agrandándolos hasta mitificarlos y desnudándolos en sus pequeñeces. Pero, además, no hay escritor argentino de su época —excepto Juan José Hernández— que se haya detenido como él ante los desposeídos, y no me refiero a los famosos retratos del rastreador, el baqueano, etc. De Sarmiento se ha dicho (y él mismo ha dicho en especiales circunstancias) que no le importaba la muerte de indios y de

gauchos para concluir con lo que él llamaba «barbarie» y alcanzar lo que él llamaba «civilización» para su país. Pero ese hombre, cuando era presidente, recibió un indio de sirviente en los repartos propios de la época —cosa que todos los políticos, militares y civiles del gobierno hicieron— y le enseñó a leer y a escribir mientras enseñaba también a un inmigrante analfabeto que trabajaba en su casa, cosa que ninguno de los políticos de su época hizo. Ese escritor, también, relató la historia de Juan Chipaco, el indio que avergonzó a Posse con su sentido de la dignidad personal¹², o el que denunció la humillación de los mulatos de la orden tercera del Rosario en Córdoba, comprendiendo y desnudando además las razones culturales y sociales que les impedían entender su propia sujeción y liberarse de ella.

Sabemos que este mismo escritor no entendió ni expuso con claridad en el *Facundo* las razones económicas y la perduración de la estructura colonial que privilegiaba el puerto de Buenos Aires e influía en el desarrollo del caudillismo, las alianzas de las provincias del litoral y, antes, la posición de Francia en el Paraguay o de Artigas en la Banda Oriental.

Sin embargo, este escritor pudo buscar en las estadísticas (aunque muy primitivas) la historia de la decadencia de las ciudades en el *Facundo* y, en el caso posterior de Córdoba, emplear argumentos numéricos extraídos de los censos para patentizar su atraso. Así recuerda que el censo de 1869 da a Córdoba, sobre un total de 26.000 familias, sólo 2.738 que viven en casa con techumbre sólida; el resto tiene techo de paja («representan la vida selvática», pues «la forma y el material del edificio indican o la pobreza del inquilino o el atraso de la cultura»). Y en su comentario destaca que, lo que es peor, es que hay 6.000 familias que no tienen casa de ningún género, «lo que prueba que son agregados a las otras, como sirvientes, allegados o criados» (XLVIII, p. 260). Esta radiografía de la pobreza no era muy frecuente en los políticos y escritores de su época, y vale la pena concluir aquí con este texto de Sarmiento de 1883 sobre la realidad argentina, que tiene todavía notas amargas de actualidad.

¹² Véase «El indio Juan Chipaco. Escenas en Tucumán», en XLII, pp. 346-354, publicado en *El Censor* el 10 de agosto de 1886. Para la posición de Sarmiento ante las clases populares y ante las ciudades, véase en este mismo número Luis Alberto Romero, «Sarmiento, testigo y testimonio de la sociedad de Santiago».

